

## UNA NUEVA PRIMAVERA EUCARÍSTICA. –

Con particular referencia a los movimientos eclesiales y nuevas comunidades.

Don GUZMÁN CARRIQUIRY LECOUR  
Subsecretario del Consejo Pontificio para los Laicos.

### *Un bicentenario significativo*

Me es muy grato presidir este momento de reflexión en el cuadro de los actos conmemorativos del bicentenario de la fundación de la Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento en Roma. Y es bueno que festejemos este bicentenario precisamente aquí, en la Iglesia de Santa María in via Lata, en donde nace en 1810 esta forma de piedad eucarística por iniciativa de su canónico coadjutor de entonces, como gesto de amor, sacrificio y expiación, en comunión con la Iglesia universal, ante la trágica situación de la cautividad de Papa Pío VII por parte de Napoleón Bonaparte.

De la irradiación universal de esta experiencia de piedad eucarística, que fue reuniendo millones de personas en todo el mundo que han dedicado regularmente una parte de las horas nocturnas a adorar a Jesús en el Santísimo Sacramento, nació después la Asociación de la Adoración Nocturna, cuya preciosa tradición está ahora representada y promovida por vuestra Federación Mundial de las Obras Eucarísticas de la Iglesia, reconocida y alabada por la Santa Sede.

Vuestro bicentenario tiene providencialmente lugar en un tiempo en que la vida de la Iglesia y el magisterio pontificio han puesto nuevamente en especial resalto la importancia de la adoración eucarística. «El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa –leemos en la encíclica de S.S. Juan Pablo II, *Ecclesia De Eucharistia* (n. 25) es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del Sacrificio eucarístico. La presencia de Cristo bajo las sagradas especies que se conservan después de la Misa –presencia que dura mientras subsistan las especies del pan y del vino–, deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual. Corresponde a los Pastores animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, particularmente la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas». S.S. Benedicto XVI ha escrito al respecto, y parece muy adecuado releerlo en esta ocasión: «(...) deseo animar a las asociaciones de fieles, así como a las Cofradías, que tienen esta práctica (de adoración eucarística) como un compromiso especial, siendo así fermentos de contemplación para toda la Iglesia y llamada a la centralidad de Cristo para la vida de los individuos y las comunidades» (Exhortación apostólica pos-sinodal *Sacramentum caritatis*, n.).

Más aún que las palabras, por más importantes y autorizadas que sean, cobran especial significación y relieve los hechos. Uno de los momentos más intensos del reciente Sínodo de los Obispos sobre la eucaristía, escribió el Papa Benedicto XVI, «fue cuando, junto con muchos fieles, nos desplazamos a la Basílica de San Pedro para la adoración eucarística». ¡Cómo no recordar los impresionantes momentos de adoración eucarística en las vigiliias vividas por el Santo Padre con la juventud del mundo entero en las Jornadas Mundiales de la Juventud celebradas en Colonia y en Sidney! Y muy recientemente tuvimos ante los ojos el tiempo de adoración en el Hyde Park de Londres durante la visita apostólica del Sucesor de Pedro. Son algunos hechos sobresalientes entre aquéllos de millones de adoradores en las más diversas situaciones, en iglesias y capillas en todas partes del mundo.

¡Qué lejos ha ido quedando la objeción que afirmaba que el Pan eucarístico no habría sido dado para ser contemplado sino comido! «En realidad –nos enseña hoy S.S. Benedicto XVI, según la auténtica tradición católica– dicha contraposición se mostró carente de todo fundamento. Ya decía San Agustín: «*nemo autem illam manducat, nisi prius adoraverit, (...) peccemus non adorando* – Nadie come de esta carne sin antes adorarla- (...), pecaríamos si no la adoráramos». En efecto, en la Eucaristía el Hijo de Dios viene a nuestro encuentro y desea unirse a nosotros; la adoración eucarística no es sino la continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia (...). La adoración fuera de la santa Misa prolonga e intensifica lo acontecido en la misma celebración litúrgica» (*Sacramentum caritatis*, n. 66). Ya Su Santidad Pío XII en la encíclica *Mediator Dei* (cuarta parte), sosteniendo desde el magisterio un sano y profético movimiento de reforma litúrgica, calificaba como «algo pernicioso y totalmente erróneo (la actitud de) quien con temeraria presunción se atreviera a reformar todos esos

ejercicios de piedad reduciéndolos a los solos esquemas y formas litúrgicas». Hubo sí que superar una tendencia presente en las primeras fases que siguieron a la conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II que parecía poner en ostracismo todo lo que era colocado bajo el rótulo de ejercicios piadosos, devociones populares, religiosidad popular, piedad popular, incluso marginados y despreciados. En nuestro tiempo, desde una auténtica fidelidad a las enseñanzas de este Concilio y a la renovación litúrgica, a la luz de lo que S.S. Benedicto XVI llama «hermenéutica de la continuidad», se destaca, en cambio, la relación intrínseca entra la celebración de la santa Misa y la adoración del Santísimo Sacramento fuera de la Misa.

### Exigencias de recentramiento y revitalización

Esta renovada y serena madurez respecto a la tradición católica es significativa de una urgencia y exigencia educativas de mucha importancia en nuestra actualidad. En efecto, en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, S.S. Juan Pablo II destacaba la necesidad de suscitar, siempre de nuevo, el estupor eucarístico, el asombro y la gratitud ante el misterio eucarístico, para recentrar toda la vida de la Iglesia, toda la vida de los cristianos, en ese inaudito misterio que se renueva en cada celebración de la santa Misa y que constituye la fuente y ápice de su vida y santidad (cfr. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 5). La Iglesia no sólo «hace» la Eucaristía, sino que se expresa en la Eucaristía, vive de la Eucaristía, en ella encuentra las fuerzas para su vida, en ella se redescubre incesantemente como cuerpo de Cristo en un misterio de comunión.

¿Qué se quiere decir con eso de recentramiento actual? ¿Acaso la Eucaristía no ha estado siempre en el centro mismo de la vida eclesial, desde su mismo nacimiento con la institución de la Eucaristía y durante el bimilenario de su historia? ¡Por supuesto que sí! S.S. Benedicto XVI nos enseña que la *traditio* no es simplemente la transmisión de un elenco de creencias sino que es la «presencia permanente de la palabra y vida de Jesús en su pueblo» (Benedicto XVI, 26 de abril de 2006). Así lo afirmaba ya el apóstol Pablo cuando escribía a la comunidad cristiana de Corintos, 20 años después de la cena pascual: «yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor, la noche que fue entregado, tomó el pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: haced esto en memoria mía. Asimismo también el cáliz después de cenar diciendo: Este cáliz es la Nueva Alianza en su Sangre. Cuantas veces lo beberéis, hacedlo en recuerdo mío» (1 Cor. 11, 23-26). Es bien sabido como este texto paulino manifiesta notable afinidad con las narraciones evangélicas de la última cena y la institución de la eucaristía (Mt. 26, 26-29; Mc. 14, 22-25; Lc. 22, 14-20), por vinculación a la única tradición de la comunidad primitiva en la que los discípulos del Señor «acudían asiduamente a las enseñanzas de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (Hech. 2, 42). La tradición católica no sólo está asegurada sino que es en sí misma la celebración del misterio eucarístico en la historia y vida del pueblo de Dios mediante la sucesión apostólica. Por eso, Benedicto XVI escribe en la exhortación apostólica pos-sinodal *Sacramentum caritatis* (n. 3) que «desde las diversas modalidades de los primeros siglos, que resplandecen aún en los ritos de las antiguas Iglesias de Oriente, hasta la difusión del misal romano; desde las indicaciones claras del Concilio de Trento y del Misal de Pío V hasta la renovación litúrgica establecida por el Concilio Vaticano II: en cada etapa de la historia de la Iglesia, la celebración eucarística, como fuente y culmen de su vida y misión, resplandece en el rito litúrgico con toda su riqueza multiforme».

No es ciertamente por casualidad que «La teología de la liturgia» sea el primer y fundamental volumen de la *Opera omnia* de Joseph Ratzinger, según el mismo orden de prioridad seguido por el Concilio Vaticano II, de ese primado absoluto de Dios que es el foco portante de todo el magisterio de S.S. Benedicto XVI.

Hijos de esa tradición, hoy día estamos invitados y urgidos todos los creyentes, todas las comunidades cristianas, a recentrar nuestra mirada en el Emmanuel, el Dios con nosotros, a redescubrir la inagotable densidad, verdad y belleza del misterio eucarístico, a volver siempre a lo que es la fuente y el vértice de nuestra vida cristiana, a revitalizar y fortalecer nuestra experiencia como *christifideles* con el pan y el vino eucarísticos, a crecer como criaturas nuevas que somos por el bautismo alimentándonos con el Cuerpo y la Sangre del Señor para caminar hacia la verdadera estatura en la que hemos sido creados, re-generados y destinados.

En efecto, el siglo XXI se ha abierto con una década de singular intensidad eucarística. Esa «intensidad eucarística» fue ya deseada y promovida para el Gran Jubileo por parte de S.S. Juan Pablo II. El mismo declaró el 2004 como «año eucarístico» en la Iglesia. Son de Juan Pablo II dos documentos tan importantes como *Ecclesia de Eucharistia* y *Nobiscum Domine*. La Asamblea general del Sínodo de los Obispos se realizó en octubre de 2005 sobre el tema de la Eucaristía en la vida y misión de la Iglesia. Y es reciente la Exhortación apostólica pos-sinodal *Ecclesia de Eucharistia*. S.S. Benedicto XVI ha hablado, el 17 de noviembre de 2010, de una «primavera

eucarística», entre cuyas manifestaciones está «la que tantas personas acuden silenciosas delante del tabernáculo para detenerse en coloquio amoroso».

Este recentrarse en la Eucaristía requiere tomar siempre renovada conciencia de las inseparables dimensiones del misterio eucarístico que la tradición de la Iglesia y el reciente magisterio pontificio han destacado como «presencia», «sacrificio» y «comunió».

### Testigos de una Presencia

Afirma Santo Tomás que la Eucaristía es el sacramento por excelencia, el más importante, dado que en él Cristo está presente no sólo a través del don de su Gracia, sino personalmente. El Nuevo Testamento inicia anunciando que el Verbo se hizo carne y la Eucaristía es la última, la más radical e íntima, bien real determinación de ese acontecimiento, del don que Dios hace a los hombres de su presencia, de su compañía. «Si el Verbo no se hubiera hecho hombre no tendríamos su carne -escribe S. Agustín, en su *Sermón 130* -, y si no tuviéramos su carne no comeríamos el pan del altar».

«¿Qué es, en efecto, el cristianismo? ¿Es quizás una doctrina que se puede repetir en una escuela de religión? ¿Es quizás un seguimiento de leyes morales? ¿Es quizás un cierto conjunto de ritos? Todo esto es secundario, viene después. El cristianismo es un hecho, un acontecimiento» (Luigi Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*). Es, ante todo, una presencia, el aquí y el ahora del Señor, que nos sostiene en el aquí y ahora de la fe y de la vida de fe. Ni teoría, ni moralismo, ni ritualismo, sino acontecimiento y, por eso, encuentro real con una Presencia, la del Dios que ha entrado en la historia y que en la Eucaristía es «carne y sangre de Jesús encarnado» (Justino, *Primera Apología*). No se trata ciertamente de un recuerdo nostálgico y devoto de lo acontecido casi 2000 años ha, sino del reconocimiento, a la luz de la fe, de su Presencia viva que viene siempre al encuentro de los hombres y que nos llama a su seguimiento, hoy con la misma realidad, novedad y actualidad, con el mismo poder de persuasión y afección que tuvo su encuentro con los que se convirtieron en sus primeros apóstoles y discípulos en Palestina. Cristo sigue invitándonos a seguirlo como lo hizo con Simón y Andrés, con Juan y Santiago, con Mateo, mientras trabajaban; quiere hacernos experimentar su compañía como cuando dijo a los dos discípulos del Bautista... «venid y veréis»; viene a nuestra casa, como a la de Zaqueo; nos acoge con su amor misericordioso, como a Magdalena; conoce hasta el fondo de nuestro corazón y quiere nuestro bien, como con la Samaritana; entra en familiaridad y amistad con nosotros, como con Lázaro, Marta y María. Y sigue encontrándonos, curándonos, perdonándonos, acompañándonos, enseñándonos... Somos como los abatidos peregrinos de Emaús que, reconociendo Su Presencia al partir el pan, recuerdan, entonces, cómo ardían sus corazones presintiendo que aquel encuentro en el camino de sus vidas era decisivo.

Este es el método cristiano: a través de las más variadas circunstancias de la vida, en los aparentemente más comunes encuentros cotidianos, en lo más concreto de nuestras ocupaciones, el Señor se nos va manifestando como extraordinaria compañía. Y ello continúa sucediendo mediante el testimonio de su Presencia que sus discípulos irradian y comunican. Tenemos que vivir y revivir ese encuentro, ese seguimiento, ese reconocimiento de Su Presencia, hasta llegar a darle del «tú», a convivir con El: éste es el camino pedagógico que nos abre los ojos para acoger y confesar su Presencia real en la Eucaristía, no obstante la inmensidad infinita de ese misterio. «Contemplar a Cristo implica saber reconocerle dondequiera que El se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su Cuerpo y de su Sangre» (cfr. *Ecclesia de Eucaristía*, 6).

De tal modo se evita toda reducción meramente ritual y devocional de dicho encuentro que, en vez, abraza y transfigura toda la vida. Se tiene efectivamente la conciencia de haber realmente encontrado al Señor cuando se experimenta Su Presencia como la sobreabundante respuesta, de su Persona viviente, a las exigencias de sentido y de plenitud de vida, al hambre y sed de amor y justicia, al anhelo de reconciliación y felicidad que laten en nuestro corazón... y que ni el poder, ni las riquezas, ni los placeres de este mundo pueden verdaderamente satisfacer. Crece así la «criatura nueva» que somos por el bautismo, incorporados a Cristo, hasta el punto de poder exclamar, con el apóstol: «No soy yo sino Cristo quien vive en mí» (2 Col. 5, 17). El discípulo cristiano vive la tensión de la superación de todo divorcio entre la fe y la vida. Por eso mismo, el milagro de la transformación de la propia vida, convertida en más humana, de quien cree en Jesucristo y lo acoge en su Eucaristía es gran testimonio de la verdad de Su Presencia. El cristianismo se realiza así no como discurso abstracto y formal, no como mera regla de comportamiento, no como participación convencional en los ritos, sino como testimonio vivo, en la existencia personal y social, de la presencia permanente del Dios que es Uno entre nosotros - ¡Jesucristo en su Iglesia, Jesucristo Eucaristía!-, objeto de experiencia como la de la presencia de

un amigo, de un padre, de una madre, horizonte total que plasma la vida, el amor más decisivo y fecundo, centro de la modalidad de ver, concebir, afrontar toda la realidad.

Si hemos encontrado y seguido a Jesucristo, estamos llamados a implorar siempre que Su Presencia vibre y determine de tal modo toda nuestra existencia, dándole una impronta tan evidente e irradiante que, no obstante nuestras miserias, quienes se encuentran o convivan con nosotros también se pregunten: ¿pero quiénes son éstos?, ¿cómo tan llenos de humanidad y tan diversos? Si conviviendo en familia, en las escuelas y universidades, en las fábricas y oficinas, en cualquier ambiente, sin exclusión alguna, nuestros «prójimos» no quedan impactados, al menos curiosos, movidos por un presentimiento y atracción respecto de nuestra presencia cristiana... ¿cómo seremos creíbles en el anuncio de la presencia de Cristo en la Eucaristía, esperándolos y convocándolos? Es la Presencia viva del Señor que cambia nuestra existencia, que nos alimenta con el Pan de Su Palabra y de Su Cuerpo y Sangre en la Iglesia, que ilumina nuestra mirada y hace arder nuestro corazón para reconocer, a la vez, Su Presencia en la vida de las personas y de los pueblos, especialmente en esa «segunda eucaristía» que son los pobres y los que sufren, y para testimoniarla en toda la trama de nuestras relaciones, anunciándola como certeza y promesa de vida nueva a quienes aún se debaten entre distracciones, búsquedas y resistencias. Es por desborde de gratitud y alegría ante el don del encuentro con la presencia del Señor que se desata un irradiante ímpetu misionero.

Es significativo, pues, que una de las expresiones más citadas del magisterio de S.S. Benedicto XVI sea cuando el Papa escribe, en la encíclica *Deus caritas est*: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte en la vida y, con ello, una orientación decisiva» (n. 1).

#### Entregado por nuestros pecados, resucitado para nuestra justificación

La Eucaristía es, pues, sacramento de la Presencia real de Jesucristo que viene siempre a nuestro encuentro. Se trata de una Presencia pascual, redentora, en la «carne... que ha sufrido por nuestros pecados y que el Padre ha resucitado» (cfr. Ignacio de Antioquia, *Ad Smyrn*). «Siempre que comeréis este pan y beberéis este cáliz -escribe el Apóstol Pablo (1. Col. 11, 26)- anunciaréis la muerte del Señor hasta que El venga». La Eucaristía radica en la muerte de Jesús. La institución de la Eucaristía y la muerte de Jesús son, en efecto, en lo más hondo, un solo y único misterio. El gesto profético en la última Cena ofreciendo su cuerpo «entregado» y su sangre «derramada» por muchos, anticipa y presupone, así como anuncia e interpreta, la muerte ya inminente de cruz. La Eucaristía es el memorial de ese Sacrificio perfecto y definitivo del Verbo hecho carne, reevocándolo, representándolo, actualizándolo para los hombres de todo tiempo y lugar (cfr. *Ecclesia de Eucaristía*, nn. 13 y ss.).

Jesús abraza todo posible sufrimiento del hombre, realmente, cargando «con la iniquidad de todos nosotros» (Is. 53, 2-6; Gal. 3, 13; Ef. 2, 14-16). Es el «cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn. 1, 29), víctima inocente que se da a sí mismo, que ofrece su propia vida, en obediencia y para glorificación del Padre; o sea, como revelación del propio amor por su Padre y, a la vez, del amor que los une por los hombres. Porque la gloria de Dios es la salvación del hombre. «El amor que le impuso ir a la muerte por nosotros -escribe Romano Guardini en su libro *Jesucristo*- fue también el que le hizo dársenos en comida. No se contentó con darnos sus dones, sus palabras y consejos, sino a sí mismo. Acaso haya que preguntar a la mujer, a la madre, a la amante, para hallar alguien que comprenda esta exigencia de dar, no algo, sino de dar a sí mismo. A sí mismo con todo el propio ser. No solo el espíritu, no sólo la fidelidad, sino el cuerpo y el alma, la carne y la sangre: todo. Sin duda es el último amor querer alimentar a otro con lo que uno es. Y el Señor fue a la muerte para entrar por la resurrección, en aquel estado en que quería darse a todos en todo tiempo».

Estemos atentos, hermanos, que en aquel lenguaje «demasiado duro» sobre la Eucaristía – como fue la primera percepción de sus discípulos (Jn. 6, 51-58)- entra también la cruz, considerada «escándalo» y «locura» (1 Col. 1, 23). Porque estamos siempre tentados de distraernos, de escaparnos, de las preguntas más acuciantes e ineludibles, de nuestra vida. Quisiéramos no contar con el peso de los límites de la criatura, con la contradicción de hacer el mal que no quiero y no hacer el bien que quiero, con la herida y la acechanza del sufrimiento, con la fatiga de nuestro trabajo, con la ambivalencia del instinto en la posesión de los afectos, con la muerte de los seres queridos y compañera inseparable de la vida... Quisiéramos que el hombre no fuera el lobo del hombre, el Caín del Abel, ni que fuéramos extraños unos a otros. Hasta llegamos a soñar un dios que no necesitase la cruz para amar al hombre. «Esta es la horrenda raíz de vuestro error -escribía S. Agustín en su *Contra Julianum*-: vosotros pretendéis hacer consistir el don de Cristo en su ejemplo, mientras que el don es su Persona misma». Predicamos, en verdad,

a un «Cristo crucificado» (1 Col. 1, 23). Y no es la cruz ni mito, ni analogía, ni símbolo, menos aún un modelo literario. Es la manifestación de la infinita misericordia de Dios.

Sin embargo, no deja de latir en nosotros -en nuestro cuerpo, en nuestra persona, en la convivencia social, en la creación misma- un anhelo de no quedar sometidos a la «caducidad», de ser «liberados de la corrupción», de que se rompan las cadenas de esclavitud impuestas por el poder del pecado y de la muerte. Ansiamos esa liberación, la verdadera realización de nuestra humanidad, la felicidad que ya no cargue con un fondo de tristeza. Y no lo logramos con nuestras propias fuerzas.

Sin Cristo, sin el Misterio que ha vencido a la muerte, toda nuestra vida sería no sólo incomprendible, sino injusta. «Todo lo que soy, en cuanto soy algo más que un ser caduco y sin esperanza cuyas ilusiones están todas destruidas por la muerte, lo soy a causa de aquella muerte que me abre el acceso al Dios que me plenifica. Florezco en el sepulcro del Dios que murió por mí, ahondo mis raíces en la tierra de Su Carne y de Su Sangre». Así escribía Hans Urs von Baltasar en su libro *Cordula, ovvero il caso serio*.

No hay motivo de angustia, pues, sino de acción de gracias. Esto es lo que quiere decir etimológicamente «eucaristía». Lo primero y lo mejor, lo más verdadero de nosotros, es saber dar gracias. Porque «tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único» y que «nos amó hasta el extremo», pues «nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Jn. 3, 16; 3, 1; 15, 13). El misterio del amor infinito de Dios se revela y cumple en Jesucristo, por su anonadamiento hasta la Cruz, con toda la profundidad e intensidad de su sufrimiento, de su Sacrificio, en función de algo más grande... Es una muerte para una resurrección. Es un «pasaje» de Cristo hacia el Padre y, con El, glorificado, acceso de la humanidad redimida. Muerte y resurrección no son más que dos facetas de un mismo acontecimiento de amor.

La muerte ha sido vencida. Pero a una condición: sin sacrificio no hay libertad, no hay liberación. No hay que tener miedo al sacrificio -físico, moral, espiritual- porque no es objeción a la vida sino la condición de la vida, para que permanezca la ternura y la alegría, para que se mantenga viva la esperanza y eterno todo gesto de amor. Lo que vale, cuesta. ¡Dios es el Valor Absoluto! Sin sacrificio, una relación -de cualquier naturaleza, con nuestra mujer, con los hijos, con el propio trabajo, con los amigos- no es, no puede ser verdadera. No en vano, el «mandamiento nuevo» nos ha sido dado durante la última cena, signo distintivo de su discipulado: amar como El nos ha amado. Que nos apremie, nos urja la *caritas Christi*, ya que «si uno murió por todos» es «para que no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Col. 5, 14-21). «También nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos» (1 Jn. 3, 16). No se puede decir gracias a tan gran amor sino con la entrega de toda la existencia. La Eucaristía es, en efecto, como escribe S. Tomás de Aquino (*Suma Teológica* III, c. 73), «sacramento de la caridad».

Nos quiere Jesús como sus colaboradores para la liberación del mundo por piedad hacia los hombres. Quedamos invitados a tomar la Cruz, a asumir y compartir el sufrimiento humano, completando en nuestra carne «lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col. 1, 24). No podemos dejar de estar especialmente presentes allí donde Cristo sufre en nuestros hermanos más necesitados. «Estamos con vosotros -afirmaba Juan Pablo II el 25 de diciembre de 1984-, con todos vosotros que sufrís en la propia carne las llagas dolorosas de la humanidad contemporánea». Nos edificamos en el misterio de la potente solidaridad de los que participan en el sufrimiento de Cristo. Seamos testigos de compasión por el hombre, apasionados por su dignidad y su destino. Sepamos combatir las violencias, injusticias y mentiras en las que se objetiva el pecado del mundo.

Vivimos como en los dolores de un parto: no sólo dolor sino conciencia del hombre nuevo que nace. En los dolores del parto «poseemos las primicias del Espíritu», comienza a manifestarse la adopción a hijos, la «redención de nuestro Cuerpo» (cfr. 1 Col., 15, 20-24; Gal. 3, 26; Ef. 1, 15; Rom. 8, 14-17; 2 Pe, 1, 4; Fil. 3, 20). En la relación con Cristo, en su compañía, asociados a Su sacrificio en la Eucaristía, la «resurrección de la carne» ha ya comenzado, como el alba que dará paso a la jornada. Ya desde ahora, en cada instante, estamos «salvados en la esperanza» (Rom. 8, 23 ss). La esperanza es la certeza en el futuro que se cumple ahora, que comienza a realizarse hoy. Por eso, «esperamos con perseverancia», acompañada por la urgente imploración con la que concluye la Biblia: «Ven, Señor Jesús» (Ap. 22, 20). Mientras tanto, peregrinos, continuamos ofreciendo nuestras vidas gracias al único Sacrificio de Cristo que, por intermedio del sacerdote, se cumple en el altar, y nos alimentamos con ese viático para el camino, que es «remedio de inmortalidad, antídoto contra la muerte, alimento de la vida eterna en Jesucristo» (Ignacio de Antioquia, *Carta a los Efesios*).

### Compartiendo un misterio de comunión

La Última Cena es el acto de fundación de la Iglesia en la que Jesús dona a los suyos la liturgia de Su muerte y resurrección. La Iglesia celebra su nacimiento pero no sólo como un hecho del pasado sino, sobre todo, como acontecimiento que se realiza y renueva siempre en todo sacrificio eucarístico. Por eso, los Padres de la Iglesia cultivaron la hermosa imagen de la Iglesia -así como de la Eucaristía emanando de la herida abierta del costado de Cristo, de la que fluyen continuamente sangre y agua.

La compañía que Cristo da al hombre en el camino de la historia es la Iglesia, o sea Su Cuerpo mismo, la modalidad de Su Presencia hoy. La Iglesia prolonga en el tiempo y en el espacio el acontecimiento real, viviente, de Jesucristo: es nuestra contemporaneidad con El y Su contemporaneidad con nosotros, la forma en que viene a nuestro encuentro en las más diversas circunstancias de la vida.

Fue Henri de Lubac, especialmente en sus *Meditaciones sobre la Iglesia*, quien destacó especialmente en nuestro tiempo cómo el término «*corpus mysticum*» se refiere originariamente a la Eucaristía y que, para el apóstol Pablo como para los Padres de la Iglesia, la idea de la Iglesia como Cuerpo de Cristo ha sido indisolublemente vinculada a la idea de la Eucaristía. Surge así una eclesiología eucarística, llamada frecuentemente eclesiología de la «*communio*». Esta eclesiología de comunión constituye el verdadero corazón de la doctrina sobre la Iglesia del Vaticano II, la actual autoconciencia eclesial y, a la vez, totalmente ligada a sus orígenes.

Hay una compenetración total entre la Iglesia y la Eucaristía, como realización del Misterio de comunión que se origina y fluye del sacrificio de la Nueva Alianza (cfr. *Ecclesia de Eucaristía*, n. 34 y ss.). Así se reconoce que la Iglesia «*hace la Eucaristía*» como la «*Eucaristía construye*» la Iglesia (cfr. Constitución conciliar *Lumen Gentium*, 11; encíclica *Redemptoris hominis*, 20). Recibiendo a Cristo mismo en la comunión eucarística -que es don de la comunión trinitaria para nosotros-, quedamos asociados a la unidad de su Cuerpo que es la Iglesia. No hay vínculo más real, más íntimo, más total, que éste que une al hombre con Cristo, y en Cristo con la Trinidad y con todos los hombres. Aferrándonos en el Bautismo e incorporándonos en la comunión, Jesucristo nos ha convertido en miembros de un solo Cuerpo (cfr. 1 Col. 10, 15-17; 12, 12.27; Rom. 12, 4-5; Ef. 5, 30). Todos somos uno en Cristo (cfr. Gal. 3, 28; Col. 3, 11). Cualquier utopía que el hombre haya creado no llega ni de lejos a imaginar esta unidad que el acontecimiento de Cristo ha realizado entre nosotros. Si Dios se ha encarnado, y está aquí, y se comunica con nosotros, tú y yo somos una sola cosa. Entre tú y yo, extraños, diversos, lejanos, opuestos, ha ocurrido algo tremendo: *tremendum mysterium*. Nos reconocemos en un «*signo de unidad y en un vínculo de caridad*» (*Lumen Gentium*, n. 7), mucho, pero muchísimo, más potente que cualquier relación de parentesco, que cualquier solidaridad social, política o ideológica. Porque Cristo está presente precisamente a través y dentro del milagro de nuestra unidad. Tenemos la sublime dignidad y enorme responsabilidad, tú y yo, nosotros, de ser signo físico de Su Presencia. San Ireneo ya lo reafirmaba con vigor contra los «gnósticos de ayer», pero vale también contra los «espiritualistas de hoy»: el apóstol Pablo «no habla de un cuerpo invisible y espiritual (...) sino de un verdadero organismo humano que consta de carne, nervios y huesos, y que se nutre del cáliz que es su sangre y crece con el pan que es su cuerpo» (*Contra las herejías*).

Por eso mismo, queridos hermanos, el escándalo que provoca un Dios que se hace carne -aquel hijo del carpintero que se presenta como Hijo de Dios, redentor del hombre, centro del cosmos y de la historia- se prolonga, continúa, en la escandalosidad de la Iglesia. ¿Qué somos sino pobres pecadores escogidos por la misericordia de Dios, no obstante nuestra indignidad, para ser testigos de esa Presencia que abraza a todos los hombres ya que quiere que todos «se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (1 Tim. 2, 4)? ¡Una comunidad de pecadores reconciliados por la gracia de Dios, que reconociéndose en la fe como Cuerpo de Cristo, anuncia a los hombres la salvación de Dios! ¡La Iglesia no es «nuestra», es «suya», de Dios! Bien se ha dicho que «no se trata de hacerla sino de recibirla, o sea recibirla de donde ella "es" ya, de donde ella "está" realmente presente: de la comunidad sacramental de su Cuerpo que atraviesa la historia» (cfr. Joseph Ratzinger, *La eclesiología del Concilio Vaticano II*). No se aglutina a la gente en comunidad cristiana mediante iniciativas, ni por búsquedas afanosas de instrumentos organizativos, ni por distribución de poderes y actividades. Lo que realmente convoca y atrae es una realidad viviente, una novedad de vida compartida, que encuentra su «fuente» y su «ápice» en la Eucaristía. Es en ella que radica la vitalidad espiritual, comunitaria y misionera de la Iglesia (cfr. Juan Pablo II, *Carta a todos los Obispos de la Iglesia sobre el misterio y el culto de la S.S. Eucaristía*, 22 de febrero de 1980). Es el sacramento central de la evangelización, de la que el mundo tiene tanta necesidad.

Hay que acoger, ante todo, ese don de la unidad, en la verdad y en la caridad, significado y garantido por la comunión afectiva y efectiva con los Obispos *cum et sub* Pedro. Todas las comunidades cristianas -las Iglesias particulares, las parroquias y santuarios, las cofradías y los movimientos eclesiales, las familias y las comunidades eclesiales de base...- están llamadas a vivir y testimoniar ese misterio de comunión, como lugares de la construcción real de la persona, de realización de su vocación y destino, de su libertad ante las presiones amoldantes del medio ambiente, de su crecimiento hacia su verdadera estatura, de su apasionada responsabilidad por la propia vida y la de los demás.

Esa vida nueva en la unidad es el don más grande que Dios da para la conversión y la transformación del mundo. Si hemos verdaderamente comido y bebido el Cuerpo y la Sangre del Señor, no podemos más vivir como extraños sino que ha de ser sorprendente la fraternidad, la amistad que experimentamos, dilatándose dentro de todo ambiente de la convivencia. Tendríamos que suscitar la misma exclamación como la que los paganos de ayer reaccionaban ante los primeros cristianos, ante los mártires: «¡Ved cómo se aman!».

Es débil, es frágil nuestra pertenencia eclesial, nuestra comunión real, si no es, a pesar de nuestro pecado, testimonio de un mundo nuevo, como el alba de una humanidad reconciliada, primicias de la unidad y felicidad que anhela el «corazón» del hombre. No basta decir «Señor, Señor»... ¿Cómo confesar que compartimos el pan de vida eterna si indiferentes a compartir los frutos de la tierra y del trabajo de los hombres, imperando aun los muros de separación e iniquidad? Pero si nuestra unidad vive en la presencia de Cristo, del sacrificio de Cristo, con la compañía de Cristo -y, por eso, es «católica», abrazando toda la realidad del hombre y todos los hombres-, entonces, hermanos, se convierte en fuente de libertad y mensaje de liberación, arde en la caridad que anima y sostiene toda auténtica solidaridad humana, no sucumbe ante los imperios del poder y del dinero, salva a las personas del quedar reducidas a partículas de la naturaleza o elementos anónimos de la ciudad secular, va dilatando los «cielos nuevos y la tierra nueva», signos de la «liberación que se avecina» (Ap. 21, 1 ss.).

### Tradición y carismas

Ahora bien, la tradición católica se revela como unidad orgánica de un dinamismo permanente de naturaleza últimamente sacramental, de un patrimonio de enseñanzas derivado de la predicación evangélica que tiene en la Eucaristía su fuente y vértice, la suma y compendio de la fe de la Iglesia, pero también de un dinamismo carismático para despertar y mantener siempre viva en las personas la vocación y comunión cristianas. En efecto, si recorremos la historia de la Iglesia podemos observar cómo el Espíritu de Dios -el mismo que actualiza la presencia del Señor en los sacramentos, el mismo que asiste a los sucesores de los apóstoles en comunión con el Sucesor de Pedro en la custodia, enseñanza e irradiación del depósito de la fe de la Iglesia - ha ido suscitando tempestivamente, en diversas épocas y situaciones, numerosas y diversas irrupciones carismáticas para operar ese siempre necesario recentramiento y revitalización eucarísticas.

¡Cuántos carismas de santidad han alimentado el fervor eucarístico del pueblo de Dios! Sería muy hermoso, pero nos llevaría muy lejos, apreciar el testimonio de los santos sobre la Eucaristía, incluso de grandes santos «expertos» de adoración eucarística. La fundación de Órdenes y Congregaciones religiosas está vinculada a redescubrimientos de caminos y modalidades de encuentro con el Señor y de comunión con El. Fue un racimo de carismas lo que desató movimientos de renovación del fervor eucarístico, como los que desde Bélgica se irradiaron por toda Europa y estuvieron en la génesis de la institución de la solemne festividad del *Corpus Domine*; como aquéllos que confluyeron en la práctica de la comunión frecuente y de adoración de las 40 horas en tiempos de la reforma católica; como aquéllos de la gran tradición de las Cofradías del Santísimo Sacramento en tiempos de contra-reforma y del barroco tridentino; como aquéllos que confluyeron en la institución de la Obra de los Congresos Eucarísticos. Vuestra misma Federación está fundada en un carisma, camino, luz y alimento de adoración del Señor, que ha dado tantos frutos para las almas y para toda la Iglesia.

Hoy día, uno de los aspectos más sobresalientes de nuestra realidad eclesial se manifiesta en lo que S.S. Juan Pablo II llamó, en la Exhortación apostólica pos-sinodal *Christifideles laici* (n. 29), «una nueva época asociativa de los fieles laicos», en la que junto a la revitalización de asociaciones de fieles de probada tradición, han surgido y se han difundido por doquier muchos otros movimientos eclesiales y nuevas comunidades, signo de la fecundidad, versatilidad y diversidad de dones con los que el Espíritu Santo alimenta la vida de los fieles para bien de toda la Iglesia. Sabemos bien que unos y otros de estas realidades eclesiales han sido acogidos, valorizados, promovidos, sostenidos y propuestos como bien para la Iglesia universal por parte de S.S. Juan Pablo II y S.S. Benedicto XVI, considerados un «don del Espíritu para nuestro tiempo».

Todas estas realidades, de formas canónicas muy variadas, según modalidades pedagógicas, comunitarias y misioneras también muy diferenciadas, se consideran fundadas en una pluralidad de carismas, dados tempestivamente por el Espíritu Santo para nuestro tiempo, en respuesta a la necesidad recentrar y revitalizar la experiencia cristiana en la vida de la Iglesia. ¿Qué es un carisma, en fin de cuentas, sino un don (*gratia gratis data*) del Espíritu Santo, dado a una persona en un determinado contexto histórico para que comience una experiencia de fe que, de algún modo, pueda servir para la edificación y dilatación de la Iglesia en medio de los hombres? Lo decía el apóstol Pablo cuando indicaba que los carismas proceden del único y mismo Espíritu (cfr. Cor. 12, 4-11) si proclaman Cristo como Señor (cfr. 1 Cor. 12, 3), contribuyen al crecimiento del Cuerpo de Cristo (cfr. 1 Cor. 12, 7; 12, 22-27) y consideran por encima de todo el don de la caridad (1 Cor. 13; 2 Cor. 6, 6; Gal. 5, 22).

Los carismas no agregan nada a los contenidos de la Revelación, no son por cierto «sacramentos», pero abren la inteligencia y movilizan la voluntad hacia nuevos caminos de encuentro, seguimiento y comunión con el Señor. Son como ventanas abiertas que ayudan a concentrar la mirada, desde singulares perspectivas, hacia el centro del Evangelio, desde donde una luz potente ilumina la mente y un fuego irradiante hace arder el corazón. Por eso, los movimientos y comunidades fundadas sobre respectivos carismas son modalidades mediante las cuales el acontecimiento de Cristo y su cuerpo en la historia, o sea la Iglesia, se encuentran con la vida de las personas de modo conmovedor, educativo y convincente.

Este dinamismo de comunicación persuasiva de la fe mediante el carisma hace que tanto Juan Pablo II como Benedicto XVI hayan utilizado el término de «providenciales» para referirse a la novedad de los movimientos eclesiales (cfr. Juan Pablo II, alocución del 30 de mayo de 1998; Benedicto XVI, alocución del 8 de febrero de 2007). En efecto, no hay lugar a dudas de que en las actuales condiciones de secularización radical, la capacidad de transmitir la fe, su fuerza de *tradere*, se ha visto muy debilitada. Ya no funciona, en general, la transmisión pacífica de generación en generación, por ósmosis de ambientes cristianizados. Al contrario, estamos todos sometidos a la influencia capilar de persuasivos y poderosos medios de comunicación y control social, que tienden a conformar nuestra existencia según las formas mundanas dominantes, que son actitudes, modelos y estilos de vida cada vez más lejanos, e incluso opuestos, a la tradición cristiana. Por eso, la confesión cristiana de muchos bautizados, si no queda sepultada bajo la capa del olvido y la indiferencia, tiende a reducirse a episodios y fragmentos cada vez más empobrecidos intelectual y vitalmente. Ante tal situación, la simple repetición verbal del anuncio se demuestra cada vez más insuficiente. El patrimonio de la fe, que ya no es más patrimonio común y que está ofuscado y asediado por los dioses y señores de este mundo –como afirmó S.S. Benedicto XVI en su reciente viaje en Portugal- no logra llegar a ser clave de conversión y sentido en la vida de las personas a través de meros discursos doctrinales, de imperativos morales y menos aún de llamamientos genéricos a los valores cristianos. Difícilmente ello llega al corazón de la persona, toca su libertad, cambia su vida. Atrae y fascina, sobre todo, el encuentro con testimonios, participar en experiencias y vivir acontecimientos que sean percibidos como documentación concreta, sorprendente, de la presencia de Cristo. Y gracias a los carismas, y a la experiencia espiritual, el itinerario educativo y la compañía comunitaria que ellos suscitan, la dimensión radical del Evangelio, el contenido objetivo de la fe y el flujo vivo de la tradición, se comunican persuasivamente y son acogidos como adhesión de la libertad de las personas al acontecimiento de Cristo presente.

Ahora bien, los auténticos carismas se ordenan a la gracia santificante, a la comunicación de la vida sobrenatural, a las virtudes teologales –fe, esperanza y caridad– que nos hacen «partícipes de la vida divina» (1 Pe. 1, 4). Todo encuentro con Cristo a través del testimonio de sus discípulos está orientado hacia el encuentro con Cristo en los sacramentos, gestos de su presencia redentora en la Iglesia. Por eso, la experiencia suscitada por un movimiento –el encuentro de una transparente y atrayente compañía cristiana– lleva al redescubrimiento de los sacramentos y a una vida litúrgico-sacramental más intensa y fervorosa. El camino de encuentro y seguimiento de Cristo trazado por el carisma hace, a la vez, más expresiva la gracia sacramental.

Si la experiencia de los movimientos y nuevas comunidades es la del redescubrimiento de la dignidad y verdad, belleza, razonabilidad y responsabilidad del ser cristiano, vivido a la luz del misterio de comunión, esa renovada conciencia de identidad no puede que estar fundada en el bautismo y alimentada y coronada en la Eucaristía, plenitud de la iniciación cristiana. Los movimientos y nuevas comunidades son dones espirituales, métodos educativos y ambientes eclesiales que ayudan a redescubrir esas tres dimensiones –presencia, sacrificio y comunión– del misterio eucarístico, como fuente y ápice de la propia existencia. Ayudan de tal modo a crecer en la “forma eucarística de la vida cristiana” (*Sacramentum caritatis*, tercera parte). No extraña, pues, que se cuenten entre las experiencias cristianas actuales que han vuelto a valorizar y promover la tradición de las diversas formas de adoración eucarística. Y, a la vez, son expresiones



vivas del redescubrimiento del sacramento de la reconciliación, para el perdón de los pecados, confiándose a la misericordia de Dios. En esa perspectiva, bien puede afirmarse con Juan Pablo II y Benedicto XVI que la Iglesia se funda y siempre se renueva por los dones sacramentales, jerárquicos y carismáticos que les son coesenciales (cfr. Juan Pablo II, Alocución del 30 de mayo de 1998).

*Ad Jesum per Mariam*

No puedo terminar sin decir una palabra más. La tradición del pueblo católico ha sabido siempre conjugar íntimamente, sin jamás contraponerlos, el amor al misterio central de la Eucaristía y la devoción a la Santísima Virgen María. Porque es Ella quien, con su *fiat*, abre al Hijo la vía de la encarnación, que encuentra como una prolongación en el misterio de la Iglesia -cuerpo de Cristo. Porque es Ella que, acompañando a su Hijo al pie de la Cruz, asociándose a Su Sacrificio, participando a Su amor redentor, nos acoge y acompaña en su «nueva maternidad», fruto del amor de la nueva alianza. Porque es Ella quien nos ayuda a vivir ese misterio de comunión como familia de Dios, formando corazones de hijos y hermanos, custodiando a los hermanos de su Hijo que aun peregrinan (cfr. *Sacramentum Caritatis*, n. 33). Ella "è donna eucaristica" (cfr. *Ecclesiae de Eucaristia*, n. 53). No hay auténtico movimiento o comunidad eclesial que no quede iluminado por ese discipulado mariano y que no manifieste una profunda piedad mariana.

Que la Madre de Cristo -madre nuestra, madre de la Iglesia- nos ayude siempre a reconocer, acoger y testimoniar Su Presencia real, viviente entre nosotros, a asociarnos a Su Sacrificio salvador, a vivir el misterio de comunión para el que todos hemos sido destinados. ¡Amen!